

Entre las jóvenes bellas que conocí en Caracas, descollaba, como un lirio más alto entre las rosas, Isabel Alamo Ibarra, delicado vástago de los fundadores y libertadores de la nación venezolana. Por derecho de nacimiento y de belleza, era la niña mimada de la sociedad caraqueña, y en las fiestas centenarias de ese país pidió, de la manera más gentil, representar a Colombia en un cuadro alegórico. Así nuestra Patria fué simbolizada ese memorable día por la más bella e ilustre joven, nieta del Coronel Diego Ibarra, edecán del Libertador. En Caracas, durante el tiempo de mi Consulado, cultivé con esmero su amistad, y en 1924, ya esposa de un eminente diplomático venezolano, antiguo amigo, volví a verla varias veces en París y pude admirar, una vez más, su belleza y su juventud. Por insinuación mía, y en honor a Isabel Alamo, el Dr. Francisco José Urrutia invitó a otras damas del gran mundo y nos reunió una tarde en un elegante salón parisense.

Con ocasión del centenario de la independencia de Venezuela, e invitado por ese gobierno a asistir, como Cónsul General de Colombia en Caracas, a la peregrinación de San Pedro Alejandrino de la Escuela náutica, pronuncié, en nombre de Colombia, una oración bajo los históricos tamarindos. Al bajar de la tribuna se dirigió a mí, saliendo del círculo formado por las autoridades civiles y eclesiásticas, una bella y esbelta señorita, me tendió la mano y con la más gentil sonrisa me felicitó por "el conmovido elogio que usted ha hecho de Bolívar". Era Paulina Salcedo Campo, nieta del general Campo Serrano, antiguo Presidente de la República.

En compañía de esta preciosa joven recorrí en seguida la quinta de San Pedro, sus patios con grandes tinajas y sus jardines; subimos a la terraza y allí, y en los bailes del Club y del Crucero Salón apuramos muchas copas. Tres días de felicidad perfecta en que me embriagué de gloria, de belleza, de gracia, de patriotismo y del más fino y delicioso jugo de las viñas de Francia. A mi oído repetía una voz de ángel: "Aquí, en las noches estrelladas, cuando soplan fragantes brisas marinas, bajo estos históricos tamarindos, discurre la sombra pensativa del Libertador. Consagramos este recinto a la veneración de las generaciones".

A ella dediqué, poco después, unas páginas en *El Cojo Ilustrado* de Caracas, insertas en "Los Cantores de Bolívar". Paulina me escribió entonces una linda carta y años después murió en Nueva York joven, como mueren los amados de los dioses: "Santa Marta, junio 22, 1911... Le agradezco mucho los obsequios de las fotografías y ejemplares de *El Cojo Ilustrado*, que tuvo la amabilidad de enviarme, y que conservaré con cariño porque contribuirán a perpetuar los homenajes de gratitud y veneración rendidos al Padre de la Patria en San Pedro Alejandrino. Reconocemos en justicia que el buen éxito de esa manifestación patriótica se debió al benévolo carácter del personal de la misión venezolana, entre la cual figuraba usted presidiéndola o, por lo menos, guiándola con su celo por la honra de Colombia y su admiración por Bolívar... Hago votos por la felicidad personal de usted y porque se acreciente su fama de ilustre literato"...

El malogrado don Hernando Holguín y Caro, exímio escritor y orador, a quien apenas conocía de saludo, me escribió a Caracas

El Amor y la Muerte

Por Cornelio HISPANO

(Envío del autor, en Bogotá. Es el capítulo IV de *Sensaciones de un ateniense*, en 8 capítulos cortos).



el 24 de junio de 1911: "Su discurso en San Pedro Alejandrino tiene elocuencia sobria y conmovedora y tal elegancia que hace honor a nuestra literatura. Pero dígame usted esto: ¿Cómo ni en aquel sitio ni en esa ocasión habló usted del Dios misericordioso que recibió en su seno aquella grande alma? El lo ilumine a usted para que las dotes excelsas que le ha concedido resplandezcan algún día, con irradiaciones de lo infinito. Perdóneme estas sinceridades y cuénteme usted en el número de sus amigos y sinceros admiradores".

Dos años después, en febrero de 1913, Joaquín García Monge, nombre que pronuncian con admiración, respeto y cariño los más ilustres escritores hispano parlantes, publicó en San José de Costa Rica un bello tomito de su *Colección Ariel* con este título: "Bolívar por José Enrique Rodó, seguido de "En San Pedro Alejandrino por Cornelio Hispano". Mi oración apareada con la obra cumbre del preclaro ensayista y estilista de la lengua castellana! Paulina Salcedo Campo, además de bella, graciosa, esbelta y elegante era refinada en cosas de arte, tenía muy buen gusto. Que los dioses la mimen en sus Elíseos Campos.

En Caracas mi juventud, ávida de quemarse en los rayos de la gloria de Bolívar, cortejó también a los divinos gemelos: el Amor y la Muerte, cuando en el Carnaval de 1912 una enmascarada, con quien había corrido las alegres comparsas, y cuya simpatía se revelaba en su linda voz, me llevó, a media noche, a su casa, situada en la calle del palacio de Miraflores. Era una bellísima muchacha muy joven y de distinguida familia. Serían las tres de la mañana cuando sonaron fuertes golpes en el portón.

A... saltó bruscamente y me dijo: "Escóndete en el armario..."

—Eso jamás, le contesté. Un Cónsul de Colombia no muere escondido en un armario...

Pero, como no se repitieran los golpes, ni el menor ruido se oyera en la calle, me despedí, no sin sentir temblar la mano al abrir

el portón. Calle desierta y en completo silencio, y lo mismo las que recorrí hasta llegar al Hotel, por lo cual, cavilando, llegué a la convicción de que los golpes en la puerta fueron la más extraordinaria ilusión de los sentidos en dos personas de las cuales una dormía tranquila sin sospechar el peligro. Al regresar Londoño de Caracas, después de siete años de vida diplomática, le conté el caso dándole los nombres propios, y Víctor, siempre sereno, en esta vez visiblemente impresionado, habló así: "Si hubiera sido él, lo habría matado a usted sin oírlo, en el acto".

De Caracas a Europa en el vapor *Petrou*, de la Trasatlántica francesa, en compañía de unas lindas y alegres limeñas que todas las noches cantaban en francés *Quand l'Amour meurt* y luego se entregaban al delirio del baile, ¡qué viaje encantador!

*Lorque tout est fini,
quand se meurt votre beau rêve,
pourquoi pleurer les jours en fuite,
regretter les songes partis...?*

— Cuando todo se acaba — Cuando las alegrías — Para siempre nos dejan — A qué llorar los días — Los sueños que se alejan? — Los besos se marchitan — El idilio concluye — Y aún gime el alma esclava — Cuando todo nos huye — Cuando todo se acaba...!

Por el estudio previo de guías y planos, llegué a París como a una ciudad conocida y, sin embargo, me deslumbró desde el primer momento *La merveille du monde apres celui d'Athenes*. Nadie ha sido más feliz que yo en aquellos primaverales meses parisenses en que poseía todo para serlo; juventud, salud perfecta, un anhelo infinito de gozar de la vida, ocho mil francos en el "Crédit Lyonnais" y dos libros inéditos que fueron publicados en seguida. Ningún escritor español ni hispanoamericano había logrado tan excepcional acogida de una renombrada casa editora parisense como la Librería Ollendorff de la antigua Chaussée d'Antin. Esos libros eran el *Diario de Bucaramanga* y las *Elegías Caucanas*.

—¿Cómo vamos a celebrar este día tan feliz para mí? (aquel en que miré por primera vez las *Elegías Caucanas* en las vitrinas de una gran librería de la Avenida de la Opera), dije a Lucerin France, esbelta, linda y graciosa joven francesa, empleada de mi editor el señor Gibbes, y que fué mi compañera ideal desde mi llegada a París.

—Con una cena, contestó, en el restaurante de verano que acaban de abrir en los Campos Elíseos. Y en un jardín al aire libre, bajo un cielo estrellado, compartí mi tesoro de júbilo con una amiga complaciente. La dicha es un néctar tan raro, exquisito y concentrado que no puede saborearse a solas; hay que compartirlo para extraerle su recóndita virtud. "El placer del éxito, dice Píndaro, es el supremo entre todos. Los dolores se mudan en deleites cuando la hija de las Musas, la sabia Armonía, viene a adularnos con su mano acariciadora, ya que la orgullosa Fama

(Concluye en la pág. 138)